

LIBROS

Nizan: «Los perros guardianes»

Existe una suerte de discurso debedador, más o menos inserto en la perspectiva de una sociología del conocimiento, pero liberado radicalmente de sus exigencias formalizadoras, que viene aportando a la cultura que vivimos uno de sus rasgos más animados. Es esa especie de ensayismo escandaloso, deliberadamente informal, bárbaro, impalpable, que desprecia las buenas maneras y lo fía todo y todo lo espera de la violencia argumental. A esta saludable guerrilla intelectual pertenece Paul Nizan, escritor francés de extraordinaria garra, no muy conocido en España y ahora rescatado por Editorial Fundamentos en dos de sus obras señeras: *Los materialistas de la antigüedad* y *Los perros guardianes*.

Los perros guardianes, escrita en 1932, es un feroz ajuste de cuentas con la Filosofía y, en un sentido más amplio, con eso que en Francia gustan de llamar «idéas». La obra de Nizan no es imparcial ni serena, no se plantea como una argumentación morosa. Es, por el contrario, un ataque entusiasta, organizado desde la estrategia elemental de la evidencia, una carga frenética a la que no tendría sentido hacer reparos tácticos.

Se trata en ella de romper uno de los mitos más prestigiosos de la cultura occidental y mostrar la íntima miseria de su servil dependencia sociológica. La silueta del filósofo, nimbada de prestigio secular, es descompuesta, averiguada en sus deta-

lles, puesta en evidencia vergonzante y casi en trazas de mendigo. Para Nizan carece de sentido todo el aparato prestigiador del mito. La filosofía, como tal saber único, superior e incomprometido, no existe; lo que existe son las filosofías, es decir, los diversos resultados particulares que oculta la convención ritual, suministrada por textos y manuales, de la unidad disciplinaria del saber filosófico. La pretensión de los historiadores del pensamiento supone en su desarrollo un sentido inmanente que se evidenciaría en el «progreso» o los progresos de la Razón a través de los tiempos. Pero Nizan niega este «movimiento del Espíritu», pieza maestra de una interpretación idealista en la que se nutre el mito y de la que vive. En pocas palabras, lo que Nizan trata de desmontar es la idea de Filosofía como resultado histórico de un ejercicio autónomo y sistemático de la Razón, y la imagen del Filósofo como sacerdote incontaminado o como genio en quien encarna el milagro de la continuidad del pensamiento.

Pero si no hay una Filosofía única, más ilusorios resultan sus caracteres míticos. La idea de un saber separado —la Filosofía como un cuerpo de claves desligadas del resto de los saberes— no tiene más realidad que la que le confiere la voluntad escapista de los profesionales. De la misma manera, el carácter crítico de sus formulaciones no es sino el efecto buscado de la mistificación y el producto de intencionadas manipulaciones del lenguaje reducido a jerga... Nizan trata de mostrar que la vigencia del mito depende estrechamente de su función social. La famosa filosofía independiente —todavía la siguen llamando «pura»— trasluce la más honda servidumbre y su condición de instrumento de la clase dominante, su naturaleza

«ideológica». No hay, pues, tal distanciamiento de la realidad, sino estrecha, umbilical dependencia de ella, grosero convenio entre las exigencias de justificación de la clase que posee y por ello domina, y el estamento dócil de los mistificadores a sueldo.

No hará falta insistir en que la teoría de Nizan no es del todo nueva ni en que, por la original configuración de su discurso, muchas de sus premisas quedan como en el aire, a la espera, tal vez, de más ajustados rigores dialécticos. Su argumento, de otro lado, no pretende convencer si no es en el plano inmediato y saludable de las evidencias clamorosas. Hay una frase en este libro que lo expresa con encendida claridad: «No pido a la Razón si tengo razón... Estamos seguros de que las filosofías presentes son falsas, porque la filosofía contraria nos es tan necesaria como nuestra respiración y nuestra marcha». Pero ello no quita a Nizan el gusto de una demolición minuciosa del mito. Su análisis de las relaciones subrepticias entre el pensamiento y la clase dominante descubre el sentido preciso en que tiene lugar el intercambio, el mecanismo por el que las Ideas neutralizan la Realidad, la vacían de sentido cuando y como es preciso, la tergiversan eliminando el «conflicto» y propiciando el «consensus», esto es, aportando seguridad. De ahí lo de «perros guardianes» aplicado a la caterva de oscuros —y claro está que «brillantes»— platonizadores franceses de entreguerras (Parodi, Bruchsvig, etcétera) y también a otros de más entidad, desde Durkheim a Marcel, pasando por Bergson. Frente a ellos y a sus «filosofías incompletas», contra el pacto de silencio entablado entre ellos y la burguesía, Nizan propone un nuevo tipo de filósofo, sobre la silueta recobrada de Epicuro o

Marx, que contribuya al «establecimiento de un conocimiento real, orientado hacia los resultados prácticos de una acción» y que declare abiertamente «su complicidad con el proletariado» y su «traición a la burguesía». Así, sin miedo al consabido mito de la neutralidad filosófica. Y así, porque en esta complicidad «consiste la única fidelidad que significa algo todavía. Que no sea pura simulación». Nizan murió en 1940, en el frente de Dunkerque. ■ JOSE ANTONIO GOMEZ MARIN.

El hombre de la calle

A la pregunta «¿Qué es lo que le hace reír?», Sempé responde: «Lo que me asusta». En los dos libros que acaban de publicarse en España del humorista francés (1), queda suficientemente mostrada esta característica filosófica de la risa. El hombre actual, el hombre medio, el de la calle, nos muestra sus temores con la pretensión de arrancarnos una sonrisa, de modo que aprendamos a reírnos de nuestros propios temores.

A Sempé no le interesa obtener la complicidad que produce la sonrisa mediante la burla a costa de los demás. El protagonista de los dibujos o las breves his-

(1) *Nada es fácil y Todo se complica*. Ediciones Júcar, Madrid, 1973.



Sempé.

torietas de estos libros es el hombre alienado de la sociedad actual que se encuentra solo ante la muchedumbre e intenta afirmar su personalidad desesperadamente. Los medios para conseguirlo son variados, aunque siempre conducen al fracaso y le dejan un poco en ridículo. Tampoco es de este ridículo del que se vale Sempé para obtener nuestra sonrisa, sino de la contradicción surgida entre los altos ideales, entre las ambiciosas metas propuestas, y los pobres resultados obtenidos, o, por el contrario, de la incapacidad de ese hombre medio para asimilar la grandilocuencia, la majestad y la trascendencia de la misión que, según parece, tiene encomendada.

La superficie amable, desprovista de malicia, que presentan los dibujos y textos de Sempé no parecen los más adecuados para la obtención del éxito en estos momentos, cuando el único humor que parece tener audiencia es el político —ese extraño humor político que puede practicarse en España, elíptico y eufemístico hasta un extremo que lo hace a veces incomprensible y, por tanto, inoperante—. O bien el humor negro, con leves toques de absurdo. Sin embargo, la singular sutileza con que Sempé retrata un mundo cotidiano, común en mayor o menor medida a todos nosotros, supone una trascendencia de la simple observación humorística para entrar de lleno en la expresión de una filosofía de la vida, proponiendo un comportamiento vital y existencial de amplio alcance. Es decir, el medio expresivo elegido (el humor por medio de dibujos apoyados por el texto, y nunca lo contrario) no supone una renuncia a la profundidad.

En los dos libros tenemos abundantes muestras de ello. *Nada es fácil*, más intelectualizado, utiliza primordialmente la ironía pa-

ra poner de manifiesto el absurdo de la mayoría de las situaciones cotidianas que vivimos, a la vez que pone en evidencia el absurdo del comportamiento humano, regido por unas normas sociales igualmente absurdas. Desde el insonante que corre por su piso golpeando el techo con el palo de una escoba, al paso de los jueguistas del piso de arriba, hasta el ciudadano que aprovecha la manifestación política con un fin propio y práctico: anunciar su deseo de cambiar vivienda; desde el guardia urbano estupefacto ante la calle invadida por vehículos diminutos, que se han caído de un camión que transporta juguetes, hasta ese señor bajito que acude al psiquiatra para superar su complejo de inferioridad, y que cuando cree haberlo conseguido se ve agredido por éste al romper involuntariamente un jarrón de la consulta. En algunos casos, Sempé ensaya una teoría sobre las clases sociales, un punto pesimista, como en esa historieta en la que el obrero siempre se ve en inferioridad de condiciones respecto a los «signos externos» de riqueza en relación con el burgués, y que cuando cree haber obtenido, por fin, el éxito (el cochecito), observa, cabreado, que este burgués elude los embotellamientos mediante una simple bicicleta, lujo que ya no está a su alcance. Este juego de contrastes, tradicional recurso de lo que podría llamarse «humor puro», es utilizado genialmente a veces: mientras el público captado por el melodrama abandona sus butacas derramando abundantes lágrimas, los actores, tras el telón caído, celebran, alborozados, su triunfo; o la señora de la limpieza que ve, espantada, cómo del armario del escenario cae un muerto de verdad.

En otras ocasiones, el humor alcanza cimas que rozan, ciertamente, el absurdo: el espectador que se dirige, muy